

GARCÍA MARQUÉS, A., *Pensando el sujeto: Aristóteles y Quine*. Madrid, Dykinson, 2019, 262 págs.

La obra del catedrático García Marqués plantea una elaboración del concepto de sujeto a través de una lectura gnoseológica y ontológica de la metafísica aristotélica en diálogo con las críticas de la filosofía analítica, en especial del filósofo estadounidense Willard Van Orman Quine. Ahora bien, cabe señalar desde el principio este doble respecto, ontológico y gnoseológico, de su investigación. Y es que, si se juzga el libro más allá de su título, más allá del problema temáticamente afrontado y más allá de su estructuración como diálogo filosófico con Aristóteles y Quine, el lector descubrirá un elaborado concepto de metafísica que subyace estructural y metodológicamente a toda la obra.

En efecto, el autor realiza su investigación desarrollando paralelamente una teoría del conocimiento y una ontología. Para el autor, la metafísica es un saber que «es unitariamente ontología y gnoseología», las cuales «no son, en rigor, dos partes de la misma ciencia, sino dos aspectos de ella inseparablemente unidos»: gnoseo-ontología (p. 36), un saber que no puede reducirse a lo que tradicionalmente ha sido llamado «ontología» (entendida precisamente como estudio de una realidad «en sí», que prescinde de las determinaciones de nuestro intelecto), ni a una «gnoseología» entendida como el estudio de las estructuras formales de nuestra mente, y que separa, por tanto, la mente de sus sujetos y de las cosas. De este modo, el autor encuentra en el concepto de *sujeto*, –en cuanto dicho término pone en relieve simultáneamente el aspecto de ser substrato último (ὑποκείμενον ἔσχατον) de la

οὐσία, y el de ser sujeto de nuestras predicaciones–, el espacio común para la discusión en torno al concepto aristotélico de οὐσία y al concepto quineano de «objeto».

Es claro, entonces, que el acercamiento metafísico de García Marqués, lejos de ser una mera repetición de las posiciones aristotélicas, constituye más bien una relectura de los textos aristotélicos a la luz de las exigencias y de los resultados de los más importantes filósofos modernos y contemporáneos. Y es que, si bien el principal interlocutor es Quine, no faltan las referencias a otros importantes filósofos analíticos, como Peter Strawson o Anthony Quinton, o a prestigiosos intérpretes del pensamiento aristotélico, como Enrico Berti, Giovanni Reale y Fernando Inciarte, como demuestran las numerosas y ricas notas que acompañan sus reflexiones.

La obra se divide en tres capítulos, que responden a una estructura bien precisa. En el primer capítulo se argumenta la necesidad de introducir el concepto de substancia, y en los dos sucesivos se desarrolla la investigación en torno a la substancia, realizada en dos partes según la distinción que Aristóteles establece entre la investigación lógica (λογικῶς σκοπεῖν) y la investigación física o natural (φυσικῶς σκοπεῖν). El volumen se concluye con una rica bibliografía organizada temáticamente, que resultará de gran utilidad para los estudiosos de las cuestiones abordadas.

En el primer capítulo, alineándose con Kant, García Marqués sostiene que la búsqueda kantiana de las categorías es la misma tarea emprendida por Aristóteles veinte siglos antes, si bien no coincidan en el modo de concebir el valor gnoseológico de las categorías. De este modo, García Marqués plantea una innovadora lectura

de la introducción del concepto de substancia por parte de Aristóteles como una deducción trascendental *more kantiano* de dicho concepto. La exposición se desarrolla a través de cuatro niveles de análisis del discurso (λόγος): dos dimensiones formales de la predicación (lógica y gramatical), una dimensión semántica (los nombres significan algo unitario) y, por último, una dimensión pragmática, por la que nuestros juicios se refieren a sujetos reales (πράγμα).

Sin embargo, hay que reconocer que el lector encuentra una doble dificultad a la hora de seguir la original reconstrucción propuesta por el autor. En primer lugar, se echa en falta una sección dedicada específicamente a distinguir estos cuatro planos. Y es que, si bien son introducidos progresivamente por el autor, una visión de conjunto inicial facilitaría la lectura de este primer capítulo. De hecho, la enumeración sistemática de los cuatro planos, que aquí hemos recogido, se encuentra como escondida en una nota a mitad del capítulo (p. 87, nota 114). La segunda dificultad es la definición del concepto de «deducción trascendental». Si bien encontramos una sección dedicada a realizar una exposición preliminar (pp. 31-36) de dicho concepto, no resulta del todo exhaustiva ni queda suficientemente expuesto en qué sentido para Aristóteles ser y pensar coinciden.

A pesar de ello, las argumentaciones que el autor desarrolla en el primer capítulo resultan convincentes y muestra lo que será un mérito durante toda la obra, a saber, la capacidad del autor de descomponer las preguntas que plantea en todas las cuestiones menores implicadas y resolverlas minuciosamente. En concreto, en el primer capítulo encontramos el problema del valor ontológico y gnoseológico del principio de contradicción, su carácter de *primer* principio, sus presupuestos conceptuales, el modo que tenemos los hombres de referirnos al mundo o la distinción entre nombre, significado y referencia.

El papel asignado a Quine en este primer capítulo, así como en los restantes, es el de crítico de las tesis aristotélicas. García Marqués intercala a su reconstrucción de las tesis aristotélicas, largas

y detalladas secciones en las que presenta las posiciones de tradición analítica, representadas fundamentalmente por Quine, pero también por otros grandes exponentes como Frege, Strawson, Quinton, Geach, Carnap o Kripke. De este modo, la obra ofrece una nueva fundamentación histórico-teórica de la doctrina aristotélica de la substancia.

En concreto, el primer capítulo, a través de una exhaustiva crítica de la posición conductista de Quine y de su reduccionismo extensional de los conceptos, García Marqués consigue mostrar cómo Aristóteles, en el libro Γ de la *Metafísica*, realiza una deducción trascendental de las categorías de substancia y accidentes a partir de un análisis gnoseológico y ontológico del principio de contradicción en los cuatro niveles que ya hemos señalado. Ahora bien, nótese que no se trata de una deducción metafísica (*pace* Kant), sino trascendental: el esfuerzo de mostrar, tanto a nivel ontológico como gnoseológico, la necesidad de aceptar que ha de haber al menos substancias (sujetos reales) y accidentes. La cuestión acerca de cuáles y cuántas son es una labor que debe ser realizada posteriormente.

Precisamente a esta labor son dedicados los restantes dos capítulos. Superado el complejo escollo de la deducción trascendental, la exposición resulta mucho más lineal, a pesar de la complejidad intrínseca de las cuestiones abordadas. Como anticipábamos, la división en dos capítulos responde a la distinción aristotélica entre λογικῶς σκοπεῖν y φυσικῶς σκοπεῖν. El primer problema corresponde a la «investigación por las características conceptuales de la *ousía*-sujeto», y el segundo, al «establecimiento de qué cosa real es la *ousía*, o sea, qué «trozo» del mundo cumple esos requisitos conceptuales» (p. 116).

Cabe señalar un original aspecto de la investigación desarrollada en estos capítulos. Y es que la investigación filosófica del autor se completa con un análisis filológico de la terminología aristotélica, que pretende establecer el significado de los términos y expresiones aristotélicas mediante la búsqueda de su correspondiente traducción. Así pues, entre sus interlocutores no sólo

encontramos a intérpretes filosóficos, como Zubiri, Berti y Reale, sino también a importantes traductores de Aristóteles, como García Yebra o Moerbeke.

El segundo capítulo continúa en cierto sentido la deducción trascendental de la categoría de substancia. El λογικῶς σκοπεῖν consiste en determinar conceptualmente la categoría de substancia. Por tanto, la investigación lógica constituye la deducción del contenido eidético de la categoría de substancia, es decir, lo que del sujeto se predica *en cuanto tal* y, por tanto, *necesariamente*. En este sentido, la defensa de la posibilidad de una lógica modal que atienda no sólo a la necesidad *de dicto*, sino también a la necesidad *de re*, que el autor realiza en este capítulo, constituye una sólida fundamentación de la exposición contra los ataques de Quine.

Cierra el capítulo una discusión en torno a la posibilidad de una esencia entendida como universal y de su relación con el individuo. Como señalábamos antes, uno de los principales méritos de esta obra es su capacidad de abordar detalladamente las cuestiones menores derivadas de los problemas principales. Así pues, a las cuestiones de lógica modal se añaden diversas cuestiones relativas al conocimiento racional de la materia y de su relación con el individuo. El autor demuestra sin duda una gran libertad de pensamiento en estos desarrollos, pues sus conclusiones plantean una íntegra revisión de algunas doctrinas «consagradas» en la lectura de Aristóteles, como la identificación de la ousía con el sínolon de materia y forma.

La obra se concluye con un tercer capítulo, dedicado a la investigación física de la substancia, o sea, a la búsqueda de aquello que en la realidad corresponde a la categoría de substancia. Llegado a este punto, el autor se embarca en numerosas problemáticas de carácter ontológico como el establecimiento del estatuto ontológico de la materia en sus distintos grados de determinación, la relación entre materia y forma, la identificación del referente de nuestras predicaciones, las características de la forma entendida como acto, etc.; cuestiones que el autor afronta con gran lucidez navegando

por los textos de Aristóteles, Quine y Quinton, con los que demuestra gran familiaridad.

Por todo lo expuesto, no cabe duda de que nos encontramos ante una contribución de capital importancia para la metafísica, cuya vigencia intemporal queda demostrada poniendo en diálogo autores clásicos y contemporáneos. Así pues, la obra conjuga especulación e historia de la filosofía. Bajo sus análisis de las propuestas más recientes de la filosofía contemporánea, la problemática inaugurada con Aristóteles adquiere plena actualidad. Desde el punto de vista teórico, la obra es un testimonio de una viva actividad intelectual capaz no sólo de plantear adecuadamente los problemas y ofrecer una respuesta sólidamente argumentada, sino también de abrir a su vez nuevas cuestiones a partir de sus propias conclusiones, como la explicación de la eficacia de nuestro conocimiento mediante formas universales, elaboradas procesualmente, para la comprensión de formas individuales, que se dan a procesualmente, o la exposición sistemática de una lectura de la obra Aristotélica que presente la *Metafísica* y el *Órganon* como dos aspectos de la misma ciencia, como dos volúmenes de una misma obra. En consecuencia, pienso que se debe reconocer al autor el mérito de haberse mantenido fiel al ideal que lo ha guiado en la redacción de su obra, a saber, que «la investigación sobre un autor alejado de nosotros en el tiempo no siempre es filología o arqueología. [...] ¿Por qué no escuchar las razones de los que nos han precedido en las búsquedas de respuestas, al menos con la misma atención con que oímos a nuestros contemporáneos?» (p. 245). – ALFONSO ZÚNICA GARCÍA (alfonsozunica@gmail.com)

JUSTO, E. J., *Después de la modernidad. La cultura posmoderna en perspectiva teológica*. Sal Terrae, Santander, 2020, 240 págs.

Probablemente no hay tema filosófico que más haya marcado el devenir de la filosofía contemporánea que el de la muerte de Dios. Desde Hegel y su modo de rendir cuentas a ese Dios ilustrado, a ese Dios del